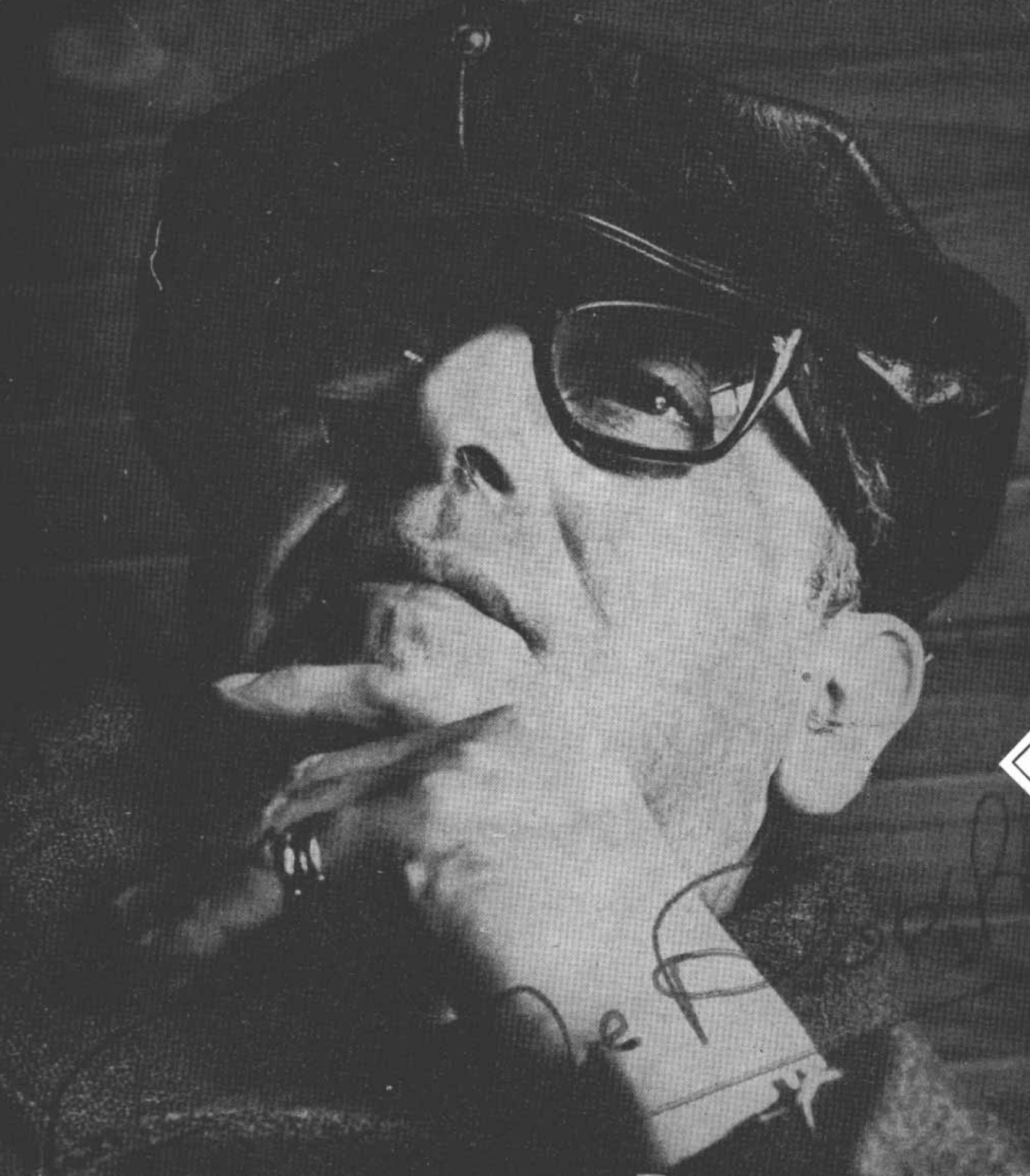


PABLO DE ROKHA

EPOPEYA
DE LAS COMIDAS Y LAS BEBIDAS
DE CHILE

CANTO DEL MACHO ANCIANO





**EPOPEYA
DE LAS COMIDAS
Y LAS BEBIDAS
DE CHILE**

pág. 7

**CANTO
DEL MACHO
ANCIANO**

pág. 23

EPOPEYA DE LAS COMIDAS Y LAS BEBIDAS DE CHILE

(Ensueño del infierno)

(1949)

Hermoso como vacuno joven es el canto de las ranas guisadas de entre perdices, la alta manta doñiguana es más preciosa que la pierna de la señora más preciosa, lo más precioso que existe, para embarcarse en un curanto bien servido,

el camarón del Huasco es rico, chorreando vino y sentimiento, como el choro de miel que se cosecha entre mujeres, entre cohayuyos de oceánica, entre laureles y vihuelas de Talcahuano por el jugo de limón otoñal de los siglos,

o como la olorosa empanada colchagüina, que agranda de caldo la garganta y clama, de horno, floreciendo los rodeos flor de durazno.

X Y, ¿qué me dicen ustedes de un costillar de chanco con ajo, picantísimo, asado en asador de maqui, en junio, a las riberas del peumo o la patagua o el boldo que resumen la atmósfera dramática del atardecer lluvioso de Quirihue o de Cauquenes,

o de la guañaca en caldo de ganso, completamente talquino o licantenino de parentela?,

no, la codorniz asada a la parrilla se come, lo mismo que se oye "el Martirio", en las laderas aconcagüinas, y la lisa frita en el Maule, en el que el pejerrey salta a la paila sagrada de gozo, completamente fino de río, enriquecido en la lancha maulina, mientras las niñas Carreño, como sufriendo, le hacen empeño a "lo humano" y a "lo divino", en la de gran antigüedad familiar vihuela.

Los pavos grandazos que huelen a verano y son otoños de nogal o de castaño casi humano, los como en todo el país, y en Santiago los beso, como a las tinajas en donde suspira la chicha como la niña más linda de Rancagua, levantándose los vestidos debajo del manzano parroquial, de la misma manera

que a la ramada con quinchas de chilcas en donde tomamos en cacho labrado
el aguardiente de substancia,
o el colchón de amor, en el cual navegamos y nos enfrentamos sollozando
a los océanos tremendos de la noche, a cuya negrura horriblemente
tenaz converge el copihue de sangre,
o la lágrima que nos llevamos a la boca, cuando estamos alegremente cantando.

El vino de Pocoa es enorme y oscuro en el atardecer de la República y cuando
está del corazón adentro, el recuerdo
y la apología de lo heroico cantan en la rodaja de las espuelas como
el lomo del animal, nadando en la tonada fundamental de los remansos o
contra la gritería roja de la espuma.

La chichita bien madura brama en las bodegas como una gran vaca sagrada,
y San Javier de Linares ya estará dorado, como un asado a la parrilla, en
los caminos ensangrentados de abril, la guitarra
del otoño llorará como una mujer viuda de un soldado,
y nosotros nos acordaremos de todo lo que no hicimos y pudimos y debimos
y quisimos hacer, como un loco
asomado a la noria vacía de la aldea,
mirando, con desesperado volumen, los caballos de la juventud en la ancha
ráfaga del crepúsculo,
que se derrumba como un recuerdo en un abismo.

Relumbra la montura en Curicó, del mar a la montaña, resonando como una
trial carreta de trigo, resonando
como el corredor en vacas o el trillador o el que persigue a una ternera,
borneando la lazada
encima de la carcajada, chorreada de sol de la faena, en la cual la bosta
aroma como un dios los estercoleros domésticos, con huevos in-
mensos de viuda.

Una poderosa casa de adobe con patio cuadrado, con naranjos, con corredor
oloroso a edad remota,
y en donde la destiladera, canta, gota a gota, el sentido de la eternidad en
el agua, rememorando los antepasados con su trémulo péndulo
de cementerio,
existe, lo mismo en Pencahue que en Villa Alegre o Parral o Caleu o Putú,
aunque es la aldea grande de Vichuquén la que se enorgullece, como de la

batea o la callana, del solar español, cordillerano, de toda la costa,
y son las casas-tonadas
del colchagüino y el curicano, quienes la expresan en lengua tan inmensa,
comiendo arrollado chileno.

Porque, si es preciso el hartarse con longaniza chillaneja antes de morirse,
en día lluvioso, acariciada con vino áspero, de Auquenco o Coihueco,
en arpa, guitarra y acordeón bañándose, dando terribles saltos o car-
cajadas, saboreando el bramante pebre cuchareado y la papa parada,
también lo es paladear la prieta tuncana en agosto, cuando los chanchos
parecen obispos, y los obispos parecen chanchos o hipopótamos,
y bajar la comida con unos traguitos de guindado,
sí... en Gualleco las pancutras se parecen a las señoritas del lugar: son
acinturadas y tienen los ojos dormidos, pues, cosquillosas y regalo-
nas, quitan la carita para dejarse besar en la boca, interminable-
mente.

Y la empanadita frita, picantoncita y la sopaipilla, que en tocino ardiente
gimieron, se bendice entre trago y trago, al pie de los pellines del
Bío-Bío, en los que se enrolla el trueno con anchos látigos,
pero nunca la iguala a la paloma torcaz, sabroscada en los rastros de julio,
en la humedad incondicional de tal época, entre fogatas y tortillas,
tomando en la bota de cazador esos enormes vinos que huelen a
pólvora y a amistad o al zorzal tamaño del viñedo, que es el
puñal agrario del lamento,
cazado entre los pámpanos santos, como un ladrón del vecindario campesino
y al cual se cuece en mostos blancos,
ni el causeo de patitas, que debe comerse en Codegua, no después de beber
bastante chacolí con naranjas amargas, sino, tomando vino de
Linderos.

Cuando el jamón está maduro en sal, a la soledad fluvial de Valdivia, y está
dorado y precioso como un potro percherón o una hermosa teta de
monja que parece novia,
comienza el poema de la saturación espiritual del humo y así como la olorosa
aceituna de Aconcagua, con la cual sólo es posible saborear los
patos borrachos con apio y bien cebados y regados con cien bote-
llas, la olorosa aceituna de Aconcagua se macera en salmuera de
las salinas de Iloca, únicamente, la carne sabrosa de los bucaneros

y la piratería se ahuma con humo, pero con humo de ulmo en la Frontera y surgen pichangas y guantadas o mate de sables antiguos,
y el picante de guatitas a la talquina está rugiendo.

En Tutuquén se condimenta un valdiviano tan quemante, que arrastra el trago muy largo y al cual, como a los porotos fiambres, se le aliña con limón y brotes de cebolla de invierno,
todo lo cual, encima del mantel, florece, con tortillas de recoldo y también las papas asadas y la castaña, como en Concepción, cuando se produce sopa de choros, o en Santiago chunchules o cocimiento del Matadero, a plena jornada invernal, o en Valparaíso choros, absolutamente choros, choros crudos o asados en brasa y de peumo.

Sin embargo, no comamos la ostra en ese ambiente, en el que relumbran y descuellan los congrios-caldillos o flamea la bandera de un pipiño incomparable,
comámosla en el gran restaurante metropolitano, con generoso y navegado ámbar viejo de las cepas abuelas del Maipo, comámosla tronando y brindando en el corazón de la tempestad,
como si fuéramos a ser fusilados o ahorcados al amanecer en las trincheras.

Y en Constitución o Banco de Arenas el piure se tajea a cuchilladas, bañándolo en limones de la costa y vino blanco, tanto vino blanco como es blanco el vino blanco, mientras la presencia del pejerrey-cauque asoma su sol sangriento
como polvoroso oro en campos de batalla.

Porque en Antilhue fructifica una longaniza tan exquisita como en Chillán, la longaniza que se comía en los solares de la gran ciudad funeral y fue como el toro de Miura: lo único definitivo,
por lo cual yo prefiero adobado el lomo aliñado en Lautaro o Galvarino o Temuco, obteniéndolo con cerdo sureño, oceánico,
y una gran cazuela de pavita en Lonquimay o el cordero lechón asado en brasas de horno, con quideñes agarrados en la gran montaña del copihual araucano, en Traiguén, en Nacimiento, en Mulchén, Angol y Los Angeles o a la misma orilla del río Vergara o en Cañete o en el ilustre golfo de Arauco, como, por ejemplo, en Lebu, y aun en el espinazo de epopeya de la Cordillera de Nahuelbuta, panteón de Pedro de Valdivia.

¡Ah! felices quienes conocen lo que son caricias de mujer morena y lo que son rellenos de erizos de Antofagasta o charqui de guanaco de Vallenar o de Chañaral, paladeándolo y saboreándolo como a una chicuela de quince abriles,

en la sierra minera, entre mineros, fuertes y heroicos, o conversando con los burros sagrados que forjaron la minería,

en tanto dos cabritos de Illapel se divierten alegremente, en los olorosos rescoldos fabulosos del boldo de las banderas chilenas, gloriosos como gloriosos mostos.

Los huasos ladinos y remoladores de Doñihue o Machalí o San Vicente de Tagua-Tagua o Peumo o Quivolgo comen asada la criadilla, con pellejo, medio a medio del rodeo de octubre, entre el quillay o el raulí florido de las "medias-lunas", estremecidas por el bramido nacional de las vacadas, estremecidas

por el coraje de los jinetes rurales y el sol sonoro,

y el ñachi lo toman caliente, bebiéndolo del degüello más tremendo, como en los espantosos sacrificios religiosos de la fe arcaica, horrorosamente ensangrentada,

con la naturaleza y la sangre como dioses.

Si se prefiere ganso con ajo y arvejititas, cómase en la provincia de Cautín, y el curanto en Chiloé y en Osorno o Puerto Montt o en Carahue, para la época "santa" de las Candelarias, en días nublados, indefectiblemente nublados, mientras tiritan las hojas caídas en la agua inmensa.

Cantando y tomando, los empleados públicos del lugar atraviesan sin afeitarse de una eternidad a otra eternidad, completamente de aguardiente atorados.

en aquellos amarillos, inmensos catres de bronce que cubren el Valle Central de la República de nubes azules y angelitos

y el preceptor se toma su copa de tormento, exactamente en Pelequén, en Chimbarongo, en Bailahuén o en Curanilahue conmigo.

Dicen los curillincanos que nadie entiende cómo se asa la malaya al estandarte bañada en harina tostada y orégano, sino los curillincanos y aun los más baqueanos y acampados,

pero los sanclementinos, si son Ramírez, les desmienten y agregan la molleja y y el pecho de ternera con hartos abundantes tallos y vinagre,

y bajan la panzada con guarapón de Curtiduría y avellanas bien retostadas del Culenar maulino, Maule abajo, o con queso asado, de aquel que huele a coironal cuyano o a "triste", cantado por arriero, allá por el "Resguardo de Las Lástimas",
a lo cual contesta el viviente de Pichamán con medio ternero al rastrojo del alambique
y el paisano de Tanguao o de Huinganes con chanchitos muy rellenos de tórtolas en la brasa primaria y criminal de los roces de mayo, que son como el rescoldo de los antepasados y los primeros incendios del mundo.

La chanfaina licantenina es guiso lacustre, mito de río y ribera, fluvial-oceánico y cordillerano, lugareño, aldeano, campesino, provinciano y como de iglesia, volcánico y dramático,
y el caldillo de congrio, de criadillas, de choros como la pancutra, son lancheros, hermanos de los valdivianos lancheros, que parece que tuviesen una gran gaviota nadando en el caldo sagrado, fundamental y elemental de los huesos chascones llenos de médulas o en el navío de papas con luce o cochayuyo desenfrenado,
más que el charquicán de la alga yodada, la cual lo contiene, pero lo deprime, retostándolo como cabeza de tonto.

El chicharrón de ubre, comido por los carrilanos y los ferroviarios, se hace presente enharinado, a la carrera, clandestinamente, en la chingana de la estación sureña,
junto a los pollos caídos, bien ardientes de ají cacho de cabra o queso chileno, asado, con ajo asado,
a la orilla de la imponente pata de vaca con cebolla grande, sujeta a la relación de la tortilla, que recuerda los braseros y las castañas de agosto,
entre la jaiva gordota del tren longitudinal y los huevos cocidos del viaje, y aquellos sabrosos causeos de lapas y conchas que nos ofrecen las bahías frente a frente a la mar diversa de Laraquete, con olor a limón costino, a antigua casa de aldea con violetas, Winétt, a lluvia provincial cantando y llorando infinitamente,
cuando nos hallamos completamente solitarios y trasnochados
y la naranjada con huachucho, maliciosa, nos exige lo más dramático y lo más romántico del océano en humilde plato de barro.

Si fuera posible, sirvámonos la empanada, bien caliente, bien caldúa, bien
picante,
debajo del parrón, sentados en enormes piedras, recordando y añorando
lo copretérito y deningrando a los parientes, cacho a cacho de
cabernet talquino
y la sopaipilla lloviendo, con poncho, completamente mojados, entre naranjas
y guitarras, acompañados del cura párroco y borrachos.

Será el chunchul trenzado, como cabellera de señorita, oloroso y confortable
a la manera de un muslo de viuda, tierno como leche de virgen,
lo cosecharemos de vaquilla o novillo o ternera joven, soltera, la cual, si estando
enamorada ríe y come ruidosamente, elegid la melancólica,
sirvámoslo con buendoso puré de papas, en mangas de camisa, por Renca
o Lampa, acompañados de señoras condescendientes y vino mucho
tinto, pero más de bastante y mucho,
cuando ojalá se celebre el onomástico del carnicero o el santo del paco de
la comuna
y la niña de la casa os convida a que recitéis, como un cualquier maricón del
"Pen Club", por ejemplo,
pues entonces...cantad, cantad la canción nacional, proclamándoos por
vosotros
el Conquistador de la América del Sur, proclamándoos capitán de los corsarios
americanos,
proclamándoos antiguo y valeroso vikingo en jubilación hasta el alba, cuando
los pájaros del amanecer cantan la lágrima romántico-dramática de la luna
hundida,
no sabemos cómo nos ponemos el sombrero,
ni cómo se llamaba aquél del moscatel lagar ahogado.

Dichosos son quienes se comiesen de perniles calientes cinco o más kilos,
medio a medio del invierno de San Felipe, si el invierno está tronado y cru-
zado de relámpagos e inundaciones
y él posee una gran manta de Castilla,
con la cual abriga la guitarra y la bien amada Dama-Juana.

Y cómo flamea el pañuelo,
como la bandera soberbia de un gran barco, al anochecer, si están bien cabe-
zonas las mistelas, si los huasos son huasos y no velas de sebo, si
arde el ponche y estalla la cueca
zapateando los entorchados, entre cielo y mundo,

el varón dibuja la escritura de la varonía fundamental de los rotos chilenos,
y la mujer fija la huida de la coquetería en los zapatos,
pues nos hemos venido a Peldegua a remojar la Cuaresma en chicha del
"Tránsito", de Paine
o andamos alegrándonos, en tomas, o haciendo
cantar la rodaja de las espuelas, o el tiento de oro de los lazos trenzados en
piel de guanaco de Las Condes,
encima del lomo de gallina de los futrecitos amatonados.

Con bota de potro o de cabro, apérese el jinete de charqui, aguardiente, queso
y tortillas —jamás pollo, que es para el viajero y no para el
arriero—,
acondiciónese en prevenciones de correones chillanejos el tacho y el cacho la-
boreado, para la bebida, porque el hombre de pantalones de hom-
bre, viajando a caballo no tomará sino no vino ni tinto, no, sino
una gran cachada de guarapillejo ardiente
y no remuela, porque se enreda en las hilachas, sino
después de haber vestido el pantalón de bombilla, la chaqueta abotonada con
seis corridas de botones y el calzado
en punta de alfiler de los casamientos.

Como absolutamente todos los bautizos se celebran entre junio y julio o agos-
to, y también los velorios y los santos y los casorios, las remolien-
das, en general, las tomateras, los esquinzos, malones, cuchipandas
y alharacas, así como todos los tontos se llaman ALONE,
si Ud. se presenta malo del cuerpo, tómese una gran chupilca de madrugada y
frótese las manos de gusto,
cómase un ajiaco de pancutras fiambres y el trago no bébalo puro, bébalo
puro y con torrijas de naranja de la más agri-ácida que encuentre,
naturalmente en el naranjo más anciano de la aldea,
báñese en chacolí fuertón y corajudo
y váyase a echar esa última cana al aire mucho antes de que la pelada le colo-
que la espalda contra la eternidad y el pecho frente a frente al cielo.

Sin embargo, con cuanto anciano y varonil entusiasmo, más o menos deslen-
guado,
el rotito de Collico o Graneros agarra la "mona" del sábado por tres semanas
y un día, le pone bastante sobre los bienes en Curepto, para que no
le vengan diciendo: "mata de arrayán florido",
y se acuesta en un pajar cualquiera, roncando,

con el último pan de lágrimas en los bolsillos, soberanamente mugrientos,
en los que renuncia el oro nacional cantara su tonada.

Cuando comienza la llovizna, hay vacas difuntas llorando en los acantilados y
braman las quebradas.

es riquísimo el mate con carne y de rescoldo bien tostadas las hallullas,
porque cuando llueve a cántaros es frita la papa salada la que nos impone su
apetitoso régimen de aguardiente,

se platica la amistad nacional fumando aquellos cigarros
de los años pasados o antepasados, de provincia en provincia, en nuestras her-
mosas casas, que hoy habitan la ortiga, la ratonería y *el polvo del*
tiempo, o los mariconazos,

y aun se echan huevitos y papas a la ceniza,
enumerando a todos los difuntos familiares y al río con navíos del letal lugar
natal, forjado por cantos de gallos tremendamente, eternamente,
horriblemente remotísimos.

Es natural un caldo de cabeza, aclarando los domingos de Valparaíso, sobre
el Puerto brumosamente viejo.

Son el mapuche y el afroibero sanguinarios y religiosos los que sepultan en
nosotros nuestros enormes muertos, embriagándonos en ritos feroces,
si la dolorosa borrachera funeraria deviene asesinato,
y en alcohol y sangre el chileno ahoga el complejo de inferioridad de los
inmensos pueblos pequeños, y su enorme alegría tan desesperada
y tremante, y el roto engulle bramando, el garbanzo con gorgojos.

Un trago de guindado de antaño sienta muy bien a quien emprende, de noche,
una gran jornada a montura.

Cuando los arrasó la inundación y el huracán, a tempestad eléctrica oloroso,
los azotó con palos de fuego, impiadosamente,
los huasos costinos lagrimean el poroto con chorizos
que su mujer distinguió en la vieja y de greda callana negra, entre el desastre
y las pilchas llovidas, a los que alegró con infinitos y ardientes
huevos tremendamente fritos y de gran cebolla brotes,
comiéndolo con el puñal a la cintura y revólver de catástrofes,
pero el huaso muy rico y muy bruto lo alinea con limón tronador, entre tinajas
y bateas, desde el pecho de racimo polvoroso de la vendimia, y
la caricia

de las vendimiadoras le revienta uvas chilenas en la barba.

Si murieron por ejemplo, sus relaciones y sus amistades de la infancia y Ud.
retorna a la provincia despavorida y funeral, arrincónese, solo en
lo solo,
cóbase un caldillo de papas, que es lo más triste que existe y da más soledad
al alma,
y beba vinillo, no vino, el vinillo doloroso y aterrado que le darán a los que
van a fusilar, los carceleros o el fraile infame que lo azotará con
el crucifijo ensangrentado.

Como la más acrisolada trilla a yeguas florece en Linares, por Longaví, Col-
bún, San Javier, Yerbabuena, Curanipe, Loncomilla,
cuando los huasos chapados a la manera de antes, con arreos de plata y aperos
de resonante correaje formidable, trenzado en Pelarco, galopan
por El Callejón de las Diucas, levantando un cataclismo de polvo,
están las bestias en la era y llega el patrón, que no es ladrón, don Acricio
Montero, con la Rosita al anca y los guainas bien montados,
y el rucio Caroca pega la primera guargüereada de ponche de culén golpeado
y azotado, como es menester, deslumbran los choclos cocidos y
la empanada está gritando caldo santo,
¡ah! yegua... a... a... las guitarras rompen el galope dionisiaco,
el cielo fragante a heno sonoro, ríe como gordito y gozoso a las espigas pisotea-
das, pues el mundo de enero es un antiguo rey de España hecho
con pueblo y trigo de catástrofes,
que resuena, bajo los cascos sagrados de los caballos y el día inmenso, tráguese
el pipiritiuque y no se atore.

“Para el rodeo” aún quedará algún membrillo y la aloja traerá de los soberados
de invierno el verso del muerto y sus acordeones y el sueño del
hueso de otrora
hacia los ciruelos, los duraznos, los almendros tremendamente floridos, sin
vergüenza ni medida,
por cuyo motivo a las vaquillas les picarán el sexo las abejas equivocadas
que capullos los creyeron y entrará el primer jinete y su pareja
repicando en piano de guano y bramidos,
porque la medialuna de arrayán, repleta como bandera de RICO de provincia o
como desnudez de abadesa, canta lo mismo que una gran campana...

Cuando está borracho el año, el otoño, los rastrojos, los abejorros, los toronjos,
los peones contra los patrones y los lagares,

comienza la vendimia, la cual se produce reventando pámpanos agarrados al sol
encima de los pechos, del vientre, de los muslos de las muchachas,
que habrán de estar de espaldas, con las piernas abiertas, riéndose,
mientras resuellan las carretas, sonando cerro abajo
y un capataz apalea a una patagua, creyéndola su mujer querida y arriba
de la gran ramada de quillayes o maitenes
grita un chorro de vino, que anda por bajo debajo de los subterráneos, gritando,
grita, como un animal muerto, grita
mostrándole a la inmortalidad su verga de toro.

En Auquinco o Chuchunco, si se prefiere, para las topeaduras del Dieciocho,
huelen a montaña las cocinerías,
y a sudor de caballo fuerte, pujan las bestias, anudándose
contra la vara de avellano, hinchadas las arterias, clavadas sobre el gznate, en
esfuerzo enormemente tremendo, acogotadas de desesperación y
águilas,
todos están tensos, dramáticos, acechando, rempujando, agarrando el pecho de
hierro de la batalla
hasta el instante estelar en el que un "potrillo" de chicha cruda, baya, con
panales, hirviendo y rugiente como una hermosa hija de león, corona
de curagua el guargüero de uno y sólo uno de los vencedores,
porque la bestia, de espuma y victoria aureolada, irá a mascar el freno con
los gañanes, ya rebeldes.

Hacia la rayuela del domingo van el Juez y el Alcalde,
el Cura, el Oficial Civil, el Gobernador, don Custodio, don José Tomás, don
Clorindo, don Anacleto, don Rosauero, las Peralta, las Díaz, las Co-
rrea, las González, las Montero, las Ramírez, las Pacheco, las Mar-
dones y las Loyola,
porque la fritanga de la Carmen Chávez brilla, como un templo en el crepúsculo
de abril y Pancho Silva. . ., no, el chucho Letelier ("don Toribio"),
acaba de hacer la primera gran quemada del campeonato, fumando y tomando
(aunque la mayoría democrática y radical de la comuna maneja el
tejo como empina el codo) y levanta
el vozarrón de *los momentos definitivos*, como un puñal que tajease el hori-
zonte departamental o como un panal sonoro como el lomo del
maulino
o como las banderas de septiembre, estremeciendo la epopeya provinciana, el

medio-pelo grandiosamente oratorio y jubilado de las familias de
fotografía de matrimonio y onomástico,
y un canto de gallo destaca la heroicidad civil de las guitarras, superando los
funcionarios silvestres.

Comamos choros asados a la orilla del brasero, si la tempestad desencadenada
ruge arrastrando sus cadenas por los abismos
cordilleranos y en la gran mar oceánica, tomando vino sopiado,
pero, con mucho cuidado de beber bastante blanco, del moscatel blanco, en
cacho, con la charrasca a la cintura,
contando cómo nos topamos con el diablo, en el Pajonal de Los Canelos,
cara a cara, entonces le descerrajamos tal guantada en el hocico y
la hediondez de azufre fue tan regrande en Colchagua, que los cuyanos
estornudaron.

Cuando un "cristiano" de Rauco se muere, lo primero que debe hacerse
es tomarse un taco bien largo del asoleado,
y enviar a la familia una gran cabeza de chancho para el velorio, ir a visitar a
los compadres del difunto e ir tomando y tomando por el finado,
suspirar mirando las vigas penosas de la casa, tomando a la tuncana,
por la salud de la viuda y los niños, por los tiempos pasados y los recuerdos
más añejos que el *añejo*, por la comadre, tomando
por todos los muertos del lugar, añorándolos, entre trago y trago.

El pejerrey macho del río Claro no es un pescado, es un imperio de cincuenta
o sesenta o setenta centímetros,
al cual sólo las truchas asadas de las "Chicocas", en Constitución, le encuentran
la rima,
por eso cantemos a don Tomás Marín de Poveda el himno colosal de los come-
dores de pejerreyes fritos y bebamos a la memoria del fundador de
ciudades.

El farol del pequenero llora, por Carrión adentro, en Santiago,
por Olivos, por Recoleta, por Moteros y Maruri, derivando hacia las Hornillas,
el guiso del río Mapocho inmortal y encadenado, como los rotos
heroicos,
afirmación del trasnochador, les suele hacerles agua la boca a los borrachos
de acero,
picante y fragante a cebolla, chileno como la inmensa noche del hombre tran-
quilo del Mercado, hombre del hombre,
y el pregón bornea la niebla mugrienta como una sábana negra.

Primero nos elaboramos una como olla en la tierra sangrada del patio de los
naranjos,
la recalentamos con incendio de canelos y piedras ardientes,
embelleciéndola con hojas de nalca como a una desnuda y feliz muchacha, a la
cual cantando le echamos choros, perdices, locos, cabezas de chanco,
malayas de buey y ternera, patos, pavos, gansos, longanizas, queso,
criadillas, corvinas y sardinas, sellándola y besándola como una
tinaja de mosto, colocándole una gran centolla en toda la boca
e invitando como aguinaldo al curanto a la población de La Cisterna, nos po-
nemos a tomar hasta las lágrimas y “el mucho grande lloro”.

La bien llamada y dulce chupilca y el imperial e invernial gloriado, cabezoncito
y olorocito a huertas antiguas, o el madrugador *pipiritiuque*,
cómo acuden a reconfortar las almas pálidas y acongojadas y aun a resucitar
muertos, auténticos y terribles muertos,
cuando el poeta se encuentra con amigos comerciantes en animales, con tone-
leros, talabarteros, carniceros o profesores primarios completamente
seguros del buen gaznate, allá por Angol adentro,
se han caído los puentes de los trenes por la lluvia tremenda
y uno se resigna a remojar la agalla toda la semana, antes de cogerse un enfria-
miento por heladas las entrañas,

Yo sostengo que la cazuela de ave requiere aquellas piezas soberbias y asoleadas
de los pueblos costinos,
el mantel ancho y blanco y la gran botella definitiva y redonda, que se remonta
a los tiempos copiosos de la abundancia familiar y cuyo volumen,
como por otoños melancólicos ciñéndose, recuerda los cuarenta embarazos de
la señora.

Si tiene mucha pena y poca plata,
tómese una tal agüita de toronjil con aguardiente y abríguese como un imbécil,
porque ha de ser invierno,
o un vinito al vapor con limón en monedas,
pues también es muy rico el de substancia puro, tomado con cigarros de hoja,
paseándose por el corredor de los antepasados
y el con ruda o ajo o guindas o hinojo, sin dulce alguno, seco y varonil, como
cacería de leones

Echando sol por todos los poros del verano, sudando como caballo galopado
del mar a la cordillera, bramando
polvo de oro, remonta el pastel de choclos, a la chilena,

el cual se distingue distantemente cuando las primeras chichas y las primeras
hojas saludan a la primera prieta de abril con una gran ostra marina.

Unicamente la Merceditas Arriagada, en mil leguas a la redonda,
es capaz de asar unos pollitos tiernos, con espárragos de azules primaverales
y moscatel rosado (en callampas),
y Juan Carrasco, de Til-Til, esos cabritos o esos chanchitos lechones que se
agrandan tanto
con el aullido invernial, acompañándose por la cebolla clandestinamente bro-
tada y la aceituna reciente o ausente, "divinamente" saboreada, "vi-
nosamente" saboreada,
cuando el gato de los tejados tocando su rabel mojado,
acalora a las señoritas en la cama rosada, las cuales sollozan y suspiran dema-
siado y bastante
en acariciándose la propia belleza.

Sí, desayunaos con café oscuro con huachucho, diciendo: "revueltón anda el
día, como que llueve y no llueve",
echadle un trago, como no mirando los nublados que el tiuque deshilacha, con
relación a una flojera triste que Chile comprende en ausentes la-
mentaciones,
después de haber estado rumiando y bramando.

Echada, medio a medio del verano, hinchada de enorme leche verde,
estará abierta la sandía, como huasa sin calzones,
a fin de que nosotros la comamos a la sombra de las pataguas de Chimbarongo,
con bastante de llallis gran harina,
mientras la yegua tordilla que montamos con aperos de buen jinete,
pasta el poleo o la romaza picoteada de pidenes y la perdiz silba a la majestad
solar, tocando
la guitarra de vidrio que le obsequió la lloica anciana,
y todo resuella, sudando y enarbolando espigas que relinchan y un galope
de potros o de toros, atruena
la olla cóncava en donde se cuecen gigantes humitas de cien haciendas.

Como la papa asada en el rescoldo del crimen enorme del roce,
frita en grasa la pana y el valdiviano en fuego de bostas, adornado de huevazos
y camarones de abril, en los húmedos y plúmbeos crepúsculos de
Lagunillas o Ramadillas del Lircay vecino,
y el catete en caldo de pato criado con relámpagos.

Un vino caliente torna más heroica la madrugada de la remolienda, afirma
las cinchas,
y es como una gran fogata en las montañas americanas,
bebámoslo, nosotros los viejos, recordando las buenas monturas de antaño, re-
cordando los lazos trenzados, recordando los caballos que montá-
bamos cuando estábamos desafortadamente solteros y disparábamos
el nuestro revólver contra todas las cosas del mundo,
refocilándonos por encontrarnos bien aperados y siendo los buenos domadores
de entonces...

Asada, la castaña da gran intimidad heroica a la chimenea,
rememora las cacerías de torcazas y el grito del zorro del tiempo en la que-
brada acuchillada por la tempestad, y es maravilloso
enternecerlas con aguardiente de la Recoleta Dominicana.

El chuncho de Hualañé invita al ponche y al mosto, a aquellos pigüelos sober-
bios de don Juan de Dios Alvarado,
en esa enorme chicha bautismal de doña Rosa Díaz, la tía del Mataquito,
cuando, por el bolsón de Leandro bajaban las vacadas de Ramoncito, bramando
adentro de los truenos épicos con Ramoncito, el tontorrón apatronado
y písoteado, a la cintura,
y Licantén estaba de barrancas enarbolado por mucho lloviendo, a la orilla del
abismo del invierno, que se derrumba, tiempo y cielo abajo, en fe-
roces naufragios de espanto de ciclones.

Y pite su pucho de hoja, paseándose,
cuando la ñieula arrastrá arrea su inmensa oveja negra
por el callejón de on Vicho.

Como los locros de ñocos con cochayuyazo o mariscos traen entero el mar aden-
tro, como rugiendo solo,
es menester cuidarse del oleaje afirmándose en la color vertical de Chile que
los ilustres patipelados tragan con moco y todo, entre lágrimas muy
pálidas y muy ácidas,
y el soldado grande chileno se refriega en las heridas,
para lo cual la persona está sentada principalmente en un espinoso del Sur,
quemado, pero con viento tremendo,
no tomando, sino bañándose en el buen chacolí de octubre, que gritará lleno
de banderas.

O como fuego con fierro adentro, es decir, el aji con aji, que come el pobre,
cuando come, enyugándolo a la cebolla agusanada...

CANTO DEL MACHO ANCIANO

(1961)

Sentado a la sombra inmortal de un sepulcro,
o enarbolando el gran anillo matrimonial herido a la manera de palomas
que se deshojan como congojas,
escarbo los últimos atardeceres.

Como quien arroja un libro de botellas tristes a la Mar-Océano
o una enorme piedra de humo echando sin embargo espanto a los acantilados
de la historia
o acaso un pájaro muerto que gotea llanto,
voy lanzando los peñascos inexorables del pretérito
contra la muralla negra.

Y como ya todo es inútil,
como los candados del infinito crujen en goznes mohosos,
su actitud llena la tierra de lamentos.

Escucho el regimiento de esqueletos del gran crepúsculo,
del gran crepúsculo cardíaco o demoníaco, maníaco de los enfurecidos ancianos,
la trompeta acusatoria de la desgracia acumulada,
el arriarse descomunal de todas las banderas, el ámbito terriblemente pálido
de los fusilamientos, la angustia
del soldado que agoniza entre tizanas y frazadas, a quinientas leguas abiertas
del campo de batalla, y sollozo como un pabellón antiguo.

Hay lágrimas de hierro amontonadas, pero
por adentro del invierno se levanta el hongo infernal del cataclismo personal,
y catástrofes de ciudades
que murieron y son polvo remoto, aúllan.

Ha llegado la hora vestida de pánico
en la cual todas las vidas carecen de sentido, carecen de destino, carecen de
estilo y de espada,
carecen de dirección, de voz, carecen
de todo lo rojo y terrible de las empresas o las epopeyas o las vivencias ecuménicas,
que justificarán la existencia como peligro y como suicidio; un mito enorme,
equivocado, rupreste, de rumiante
fue el existir; y restan las chaquetas solas del ágape inexorable, las risas caídas
y el arrepentimiento invernal de los excesos,
en aquel entonces antiquísimo con rasgos de santo y de demonio,
cuando yo era hermoso como un toro negro y tenía las mujeres que quería
y un revólver de hombre a la cintura.

Fallan las glándulas
y el varón genital intimidado por el yo rabioso, se recoge a la medida del abatimiento o atardeciendo
araña la perdida felicidad en los escombros;
el amor nos agarró y nos estrujó como a limones desesperados;
yo ando lamiendo su ternura,
pero ella se diluye en la eternidad, se confunde en la eternidad, se destruye en
la eternidad y aunque existo porque batallo y "mi poesía es mi militancia",
todo lo eterno me rodea amenazándome y gritando desde la otra orilla.

Busco los musgos, las cosas usadas y estupefactas,
lo postpretérito y difícil, arado de pasado e infinitamente de olvido, polvoso
y mohoso como las panoplias de antaño, como las familias de antaño,
como las monedas de antaño,
con el resplandor de los ataúdes enfurecidos,
el gigante relincho de los sombreros muertos, o aquello únicamente aquello
que se está cayendo en las formas,
el yo público, la figura atronadora del ser
que se ahoga contradiciéndose.

Ahora la hembra domina, envenenada,
y el vino se burla de nosotros como un cómplice de nosotros, emborrachándonos,
cuando nos llevamos la copa a la boca dolorosa,
acorralándonos y aculatándonos contra nosotros mismos como mitos.

Estamos muy cansados de escribir universos sobre universos
y la inmortalidad que otrora tanto amaba el corazón adolescente, se arrastra
como una pobre puta envejeciendo;
sabemos que podemos escalar todas las montañas de la literatura como en la
juventud heroica, que nos aguanta el ánimo
el coraje suicida de los temerarios, y sin embargo yo,
definitivamente viudo, definitivamente solo, definitivamente viejo, y apuñalado
de padecimientos,
ejecutando la hazaña desesperada de sobrepujarme,
el autorretrato de todo lo heroico de la sociedad y la naturaleza me abruma;
¿qué les sucede a los ancianos con su propia ex-combatiente sombra?
se confunden con ella ardiendo y son fuego rugiendo sueño de sombra hecho
de sombra,
lo sombrío definitivo y un ataúd que anda llorando sombra sobre sombra.

Viviendo del recuerdo, amamantándome
del recuerdo, el recuerdo me envuelve y al retornar a la gran soledad de la
adolescencia,
padre y abuelo, padre de innumerables familias,
rasguño los rescoldos, y la ceniza helada agranda la desesperación
en la que todos están muertos entre muertos,
y la más amada de las mujeres, retumba en la tumba de truenos y héroes
labrada con palancas universales o como bramando.

¿En qué bosques de fusiles nos esconderemos de aquestos pellejos ardiendo?
porque es terrible el seguirse a sí mismo cuando lo hicimos todo, lo quisimos
todo, lo pudimos todo y se nos quebraron las manos,
las manos y los dientes mordiendo hierro con fuego;
y ahora como se descende terriblemente de lo cotidiano a lo infinito, ataúd
por ataúd,
desbarrancándonos como peñascos o como caballos mundo abajo,
vamos con extraños, paso a paso y tranco a tranco midiendo el derrumba-
miento general,
calculándolo, a la sordina,
y de ahí entonces la prudencia que es la derrota de la ancianidad;
vacías restan las botellas,
gastados los zapatos y desaparecidos los amigos más queridos, nuestro viejo
tiempo, la época
y tú, Winétt, colosal e inexorable.

Todas las cosas van siguiendo mis pisadas, ladrando desesperadamente,
como un acompañamiento fúnebre, mordiendo el siniestro funeral del mundo,
como el entierro nacional
de las edades, y yo voy muerto andando.

Infinitamente cansado, desengañado, errado,
con la sensación categórica de haberme equivocado en lo ejecutado o desper-
diciado o abandonado o atropellado al avatar del destino
en la inutilidad de existir y su gran carrera despedazada;
comprendo y admiro a los líderes,
pero soy el coordinador de la angustia del universo, el suicida que apostó su
destino a la baraja
de la expresionalidad y lo ganó perdiendo el derecho a perderlo,
el hombre que rompe su época y arrasándola, le da categoría y régimen,
pero queda hecho pedazos y a la expectativa;
rompiente de jubilaciones, ariete y símbolo de piedra,
anhelo ya la antigua plaza de provincia
y la discusión con los pájaros, el vagabundaje y la retreta apolillada en los
extramuros.

Está lloviendo, está lloviendo, está lloviendo,
¡ojalá siempre esté lloviendo, esté lloviendo siempre y el vendaval desenfre-
nado que yo soy íntegro, se asocie
a la personalidad popular del huracán!

A la manera de la estación de ferrocarriles,
mi situación está poblada de adioses y de ausencia, una gran lágrima enfurecida
derrama tiempo con sueño y águilas tristes;
cae la tarde en la literatura y no hicimos lo que pudimos,
cuando hicimos lo que quisimos con nuestro pellejo.

El aventurero de los océanos deshabitados,
el descubridor, el conquistador, el gobernador de naciones y el fundador de
ciudades tentaculares,
como un gran capitán frustrado,
rememorando lo soñado como errado y vil o trocando en el escarnio celestial
del vocabulario

espadas por poemas, entregó la cuchilla rota del canto

al soñador que arrastraría adentro del pecho universal muerto, el cadáver de
un conductor de pueblos,
con su bastón de mariscal tronchado y echando llamas.

El "borracho, bestial, lascivo e iconoclasta" como el cíclope de Eurípides,
queriendo y muriendo de amor, arrasándola
a la amada en temporal de besos, es ya nada ahora más que un león herido y
mordido de cóndores.

Caduco en "la República asesinada"
y como el dolor nacional es mío, el dolor popular me horada la palabra, desgarrándome,
como si todos los niños hambrientos de Chile fueran mis parientes;
el trágico y el dionisiaco naufragan en este enorme atado de lujuria en angustia, y la acometida agonal
se estrella la cabeza en las murallas enarboladas de sol caído,
trompetas botadas, botellas quebradas, banderas ajadas, ensangrentadas por el
martirio del trabajo mal pagado;
escucho la muerte roncando por debajo del mundo
a la manera de las culebras, a la manera de las escopetas apuntándonos a la
cabeza, a la manera
de Dios, que no existió nunca.

Hueso de estatua gritando en antiguos panteones, amarillo
y aterido como crucifijo de prostituta,
llorando estoy, botado, con el badajo de la campana del corazón hecho pedazos,
entre cabezas destronadas, trompetas enlutadas y cataclismos,
como carreta de ajusticiamiento, como espada de batallas perdidas en montañas,
desiertos y desfiladeros, como zapato loco.

Anduve todos los caminos preguntando por el camino,
e intuyó mi estupor que una sola ruta, la muerte adentro de la muerte edificaba su ámbito adentro de la muerte,
reintegrándose en oleaje oscuro a su epicentro;
he llegado a donde partiera, cansado y sudando sangre como el Jesucristo
de los olivos, yo que soy su enemigo;
y sé perfectamente que no va a retornar ninguno
de los actos pasados o antepasados, que son el recuerdo de un recuerdo como
lloviendo años difuntos del agonizante ciclópeo,

porque yo siendo el mismo soy distinto, soy lo distinto mismo y lo mismo
distinto;
todo lo mío ya es irreparable;
y la gran euforia alcohólica en la cual naufragaría el varón conyugal de
entonces,
conmemorando los desbordamientos felices,
es hoy por hoy un vino terrible despedazando las vasijas o clavo ardiendo.

Tal como esos molos muertos del atardecer, los deseos y la ambición catas-
trófica,
están rumiando verdad desecha y humo en los sepulcros de los estupendos
panteones extranjeros, que son ríos malditos
a la orilla del mar de ceniza que llora abriendo su boca de tromba.

El garañón desenfrenado y atrabiliario, cuyos altos y anchos veinte años
meaban las plazas públicas del mundo,
dueño del sexo de las doncellas más hermosas y de los lazos trenzados de
doce corrientes,
da la lástima humillatoria del cazador de leones decrepito y dramático, al
cual la tormenta de las pasiones acumuladas como culebras en un
torreón hundido, lo azota;
me repugna la sexualidad pornográfica, y el cadáver de Pan enamorado de
la niña morena;
pero el viejo es de intuición y ensoñación e imaginación cínica como el
niño o el gran poeta a caballo en el espanto,
tremendamente amoral y desesperado, y como es todo un hombre a esas
alturas, anda
levantándoles las polleras a las hembras chilenas e internacionales y cayendo
de derrota en derrota en la batalla entre los hechos y los sueños;
es mentira la ancianidad agropecuaria y de égloga, porque el anciano se
está vengando, cuando el anciano se está creando su Pirámide;
como aquellos vinos añejos, con alcohol reconcentrado en sus errores y ecos
de esos que rugen como sables o como calles llenas de suburbio,
desgarraríamos los toneles si pudiese la dinamita adolorida del espíritu arra-
sar su condensación épica, y sol caído, su concentración trágica,
pero los abuelos sonríen en equivalentes frustrados, no porque son ganchos
enmohecidos, sino rol marchito, pero con fuego adentro del ánimo.

Sabemos que tenemos el coraje de los asesinados y los crucificados por ideas,
la dignidad antigua y categórica de los guerreros de religión,
pero los huesos síquicos flaquean, el espanto cruje de doliente y se caen de
bruces los riñones, los pulmones, los cojones de las médulas
categóricas.

Agarrándonos a la tabla de salvación de la poesía, que es una gran
máquina negra,
somos los santos carajos y desocupados de aquella irreligiosidad horrenda
que da vergüenza porque desapareció cuando desapareció el último
"dios" de la tierra,
y la nacionalidad de la personalidad ilustre, se pudre de eminente y de
formidable como divino oro judío;
todo lo miramos en pasado, y el pasado, el pasado, el pasado es el porvenir
de los desengañados y los túmulos;
yo, en este instante, soy como un navío
que avanza mar afuera con todo lo remoto en las bodegas
y acordeones de navegaciones;
queríamos arañar la eternidad y a patadas, abofeteándola, agujerear su
acerbo y colosal acero;
olorosos a tinajas y a tonelería o a la esposa fiel, a lágrima deshabitada,
a lo chileno postpretérito o como ruinoso y relampagueante, nuestros viejos
sueños de antaño ya ogaño son delirio, nuestros viejos sueños de
antaño,
son llanto usado y candelabros de espantajos, valores de orden y categorías
sin vivencias.

Envejeciendo con nosotros, la época en desintegración entra en coma, entra
en sombra, entra toda
la gran tiniebla de quien rodase periclitando, pero por adentro le sacamos
los nuevos estilos contra los viejos estilos arrastrándolos del infierno
de los cabellos,
restableciendo lo inaudito de la juventud, el ser rebelde, insurgente, silvestre
e iconoclasta.

La idolatrábamos, e idolatrándola, nos revolcábamos
en la clandestinidad de la mujer ajena y retornábamos como sudando lo
humano, chorreando lo humano, llorando lo humano, o despa-
voridos

o acaso más humanos que lo más humano entre lo más humano, más bestias
 humanas, más error, más dolor, más terror,
 porque el hombre es precisamente aquello, lo que deviene sublimidad en la
 gran caída, flor de victorias — derrotas llamando, gritando, lloran-
 do por lo desaparecido, como grandes, tremendos mares — océanos
 degollándose en oleajes,
 criatura de aventura contra el destino, voz de los naufragios en los naufragios
 resplandeciendo, estrella de tinieblas,
 ahora no caemos porque no podemos y como no caemos, a la misma altura,
 morimos, porque el cuero del cuerpo, como los viejos veleros, se
 prueba en la tormenta;
 del dolor del error salió la poesía, del dolor del error
 y el hombre enorme, contradictorio, aforme, acumulado, el hombre es el
 eslabón perdido de una gran cadena de miserias, el hombre expo-
 liado y azotado por el hombre,
 y hoy devuelvo a la especie la angustia individual;
 adentro del corazón ardiendo nosotros la amamantamos con fracasos que
 son batallas completamente ganadas en literatura, contra la lite-
 ratura;
 la amamos y la amábamos con todo lo hondo del espíritu,
 furiosos con nosotros, hipnotizados, horrorizados, idiotizados, con el ser mon-
 taños que éramos
 agrario-oceánicos de Chile, ahora es ceniza,
 ceniza y convicción materialista, ceniza y desesperación helada, lo trágico
 enigmático, paloma del mundo e historia del mundo, y aquella
 belleza inmensa e idolatrada, Luisa Anabalón,
 como una gran águila negra, nos está mordiendo como recuerdo las entrañas

 Ruge la muerte con la cabeza ensangrentada y sonríe pateándonos,
 y yo estoy solo, terriblemente solo, medio a medio de la multitud que amo
 y canto, solo y funeral como en la adolescencia, solo, solo entre
 los grandes murallones de las provincias despavoridas,
 solo y vacío, solo y oscuro, solo y remoto, solo y extraño, solo y tremendo,
 enfrentándome a la certidumbre de hundirme para siempre en las tinieblas
 sin haberla inmortalizado con barro llorado,
 y extraño como un lobo de mar en las lagunas.

 Los años náufragos escarban, arañan, espantan,
 son demoniacos y ardientes como serpientes de azufre, porque son besos
 rugiendo, pueblos blandiendo la contradicción, gestos mordiendo,

el pan candéal quemado del presente, esta cosa hueca y siniestra de saberse
derrumbándose,
cayendo al abismo abierto por nosotros mismos, adentro de nosotros mismos,
con nosotros mismos
que nos fuimos cavando y alimentando de vísceras.

Así se está rígido, en círculo, como en un ataúd redondo y como de ida y
vuelta,
aserruchando sombra, hachando sombra, apuñalando sombra,
viajando en un tren desorbitado y amargo que anda tronchado en tres
mitades y llora inmóvil,
sin itinerario ni línea, ni conductor, ni brújula,
y es como si todo se hubiese cortado la lengua entera con un pedazo de
andrajó.

Muertas las personas, las costumbres, las palabras, las ciudades en las que
todas las murallas están caídas, como guitarras de desolación, y
las hojas profundas, yertas,

yo ando tronando, desorientado, y en gran cantidad
melancólicamente uncido a antiguas cosas arcaicas que periclitaron, a maneras
de ser que son yerbajos o lagartos de ruinas,
y me parece que las vías públicas son versos añejos y traicionados o cirios
llovidos;

la emotividad épica se desgarrá universalmente
en el asesinato general del mundo, planificado por los verdugos de los pueblos,
a la espalda de los pueblos entre las grandes alcantarillas de dólares,
o cuando miramos al mixtificador, ahito de banquetes episcopales
hartarse de condecoraciones y dinero con pelos, hincharse y doparse enmas-
carándose en una gran causa humana y refocilándose como un
gran demonio y un gran podrido y un gran engendro de Judas,
condecorado
de bienestar burgués sobre el hambre gigante de las masas, relajándolas
y humillándolas.

Encima de bancos de palo que resuenan como tabernas, como mítines, como
iglesias
o como sepulcros, como acordeones de ladrones de mar en las oceanías de las
cárceles o como átomos en desintegración,

sentados los ancianos me aguardan desde cinco siglos hace con los brazos
cruzados a la espalda,
a la espalda de las montañas huracanadas que les golpean los testículos,
arrojándolos a la sensualidad de la ancianidad, que es terrible,
arrojándolos
a patadas de los hogares y de las ciudades, porque estos viejos lesos son
todos trágicos,
arrojándolos, como guiñapos o pingajos, a la nada quebrada de los apátridas
a los que nadie quiere, porque nadie teme.

Entiendo el infierno universal, y como no estoy viviendo en el techo del
cielo, me ofende personalmente la agresión arcangélica de la
Iglesia y del Estado,
el "nido de ratas", y la clínica metafísica de "el arte por el arte",
la puñalada oscuramente aceitada de flor y la cuchillada con serrucho de los
contemporáneos, que son panteón de arañas,
el ojo de lobo del culebrón literario, todo amarillo,
elaborando con desacatos la bomba cargada de versiones horizontales, la man-
zana y la naranja envenenada;
contemplo los incendios lamiendo los penachos muertos,
apuñalada la montaña en el estómago y el torreón de los extranjeros de-
rumbándose,
veo como fuegos de gas formeno, veo como vientos huracanados los fenómenos,
y desde adentro de las tinieblas a las que voy entrando por un portalón
con intuición de desesperación y costillares de ataúdes,
la antigua vida se me revuelve en las entrañas.

La miseria social me ofende personalmente,
y al resonar en mi corazón las altas y anchas masas humanas, las altas y
anchas masas de hoy,
como una gran tormenta me va cruzando, apenas
soy yo mismo íntegro, porque soy mundo humano, soy el retrato bestial de la
sociedad partida en clases,
y hoy por hoy trabajo mi estilo arando los descabros.

Las batallas ganadas son heridas marchitas, pétalos
de una gran rosa sangrienta,
por lo tanto combato de acuerdo con mi condición de insurgente, dando al
pueblo voz y estilo,
sabiendo que perderé la guerra eterna,

que como el todo me acosa y soy uno entero, mientras más persona del
cosmos asuma,
será más integral la última ruina;
parece que encienden lámparas en otro siglo del siglo, en otro
mundo del mundo ya caído, el olvido
echa violetas muertas en las tumbas y todo lo oscuro
se reúne en torno a mi sombra,
mi sombra, mi sombra a edad remota comparable o a batea de aldea en la
montaña,
y el porvenir es un sable de sangre.

No atardeciendo paz, sino el sino furioso de los crepúsculos guillotizados,
la batalla campal de los agonizantes,
y la guerra oscura del sol contra sí mismo, la matanza
que ejecuta la naturaleza inmortal
y asesina, como comadrona de fusilamientos.

Esculpí el mito del mundo en las metáforas,
la imagen de los explotados y los azotados de mi época y di vocabulario
al ser corriente sometido al infinito,
multitudes y muchedumbres al reflejar mi voz su poesía, la poesía se sublimó
en expresión de todos los pueblos,
el anónimo y el decrepito y el expósito hablaron su lengua
y emergió desde las bases la mitología general de Chile y el dolor colonial
enarbolando su ametralladora;
militante del lenguaje nuevo, contra el lenguaje viejo enfiló mi caballo;
ahora las formas épicas que entraron en conflicto con los monstruos usados
como zapatos de tiburón muerto,
o dieron batalla a los sirvientes de los verdugos de los sirvientes,
transforman las derrotas en victorias, que son derrotas victoriosas y son
victorias derrotosas, el palo de llanto del fracaso en una rosa negra,
pero yo estoy ansioso a la ribera del suceder dialéctico, que es instantánea-
mente pretérito,
sollozando entre vinos viejos, otoños, viejos, ritos viejos de las viejas maletas
de la apostasía universal, protestando y pateando,
y el pabellón de la juventud resplandece de huracanes
despedazados, su canción vecinal y trágica como aquella paloma enferma,
como un puñal de león enfurecido, como una sepultura viuda
o un antiguo difunto herido que se pusiera a llorar a gritos.

Ya no se trilla a yeguas ni se traduce a Heráclito, y Demócrito es desconocido
del gran artista, nadie ahora lee a Teognis de Megara, ni topea
en la ramada coral, amamantado con la guañaca rural de la
República,
el subterráneo familiar es la sub-conciencia o la in-conciencia que alumbran
pálidas o negras lámparas,
y todos los viajeros de la edad estamos como acuchillados y andamos como
ensangrentados de fantasmas y catástrofes,
quemados, chorreados apaleados del barro con llanto de la vida,
con la muleta de la soledad huracanando las veredas y las escuelas.

Avanza el temporal de los reumatismos
y las arterias endurecidas son látigos que azotan el musgoso y mohoso y
lúgubre
caminar del sesentón, su cara de cadáver apaleado,
porque se van haciendo los viejos piedras de sepulcros, tumba y respetuosidad,
es decir: la hoja caída y la lástima,
el sexo del muerto que está boca-arriba adentro de la tierra,
como vasija definitivamente vacía.

Como si fuera otro volveré a las aldeas de la adolescencia,
y besaré la huella difunta de su pie florido y divino como el vuelo de un
picaflor o un prendedor de brillantes,
pero su cintura de espiga melancólica ya no estará en mis brazos.

No bajando, sino subiendo al final secular, gravita la senectud despavorida,
son los dientes caídos como antiguos acantilados a la orilla del mar innume-
rable que deviene un panteón ardiendo,
la calavera erosionada y la pelambrera
como de chocco abandonado en las muertas bodegas, esas que están heladas y
telarañosas
en las que el tiempo aúlla como perro solo, y el velamen
de los barcos sonando a antaño está botado en las alcantarillas del gusano;
es inútil ensillar la cabalgadura
de otrora, y galopar por el camino real llorando y corcoveando con caballo
y todo

o disparar un grito de revólver,
los aperos crujen porque sufren como el costillar del jinete
que no es la bestia chilena y desenfrenada
con mujeres sentadas al anca, estremeciendo los potreros de sus capitanías.

La Gran Quimera de la vida humana
como un lobo crucificado o aquella dulce estrella a la cual mataran todos
los hijos
yace como yacen yaciendo los muertos adentro del universo.
"Caín, Caín, ¿qué hiciste de tu hermano?",
dice el héroe de la senectud cavando con ensangrentado estupor su sepulcro,
la historia
le patea la cabeza como una vaca rubia derrumbándolo barranca abajo,
pero es leyenda él, categoría, sueño del viento acariciando los naranjos
atrabiliarios de su juventud,
don melancólico, y la última cana del alma
se le derrama como la última hoja del álamo o la última gota de luz estre-
meciendo los desiertos

Parten los trenes del destino, sin sentido como navío de fantasmas.

Los victoriosos están muertos, los derrotados están muertos,
cuando la ancianidad apunta la escopeta negra, estupenda, en los órganos
desesperados como caballo de soldado desertor,
todos, no nosotros en lo agonal agonizantes, todos están agonizando, todos
pero el agonizante soy yo, yo soy el agonizante entre batallas, entre congojas,
entre banderas y fusiles, solo, completamente solo, y lúgubre, sin
editor, plagiado y abandonado en el abismo,
peleando con escombros azotados,
peleando con el pretérito, por el pretérito, adentro del pretérito, en preten-
siones horribles,
peleando con el futuro, completamente desnudo
hasta la cintura, peleando y peleando con todos vosotros,
por la grandeza y la certeza de la pelea,
peleando y contrapeleando a la siga maldita de la inmortalidad ajusticiada.

Entre colchones que ladran y buques náufragos con dentadura de prostitutas
enfurecidas o sapos borrachos, ladrones y cabrones empapelados
con pedazos de escarnio,
agarrándose a una muralla por la cual se arrastran enormes arañas con
ojo viscoso
o hermafroditas con cierto talento de caracol haciendo un arte mínimo con
pedacitos de atardecer amarillo, nos batimos a espada con el oficio
del estilo,

cuando en los andamios de los transatlánticos
como pequeños simios con chaleco despavorido, juegan a la ruleta los
grandes poetas de ahora.

Cien puñales de mar me apuñalaron
y la patada estrangulada
de lo imponderable fue la ley provincial del hombre pobre que se opone
al pobre hombre y es maldito,
vi morir, refluir a la materia enloquecida, llorando
a la más amada de las mujeres, tronchado, funerario, estupefacto, mordido
de abismos,
baleado y pateado por los fusileros del horror, y en todos instantes
espero los acerbos días de la calavera que adviene cruzando los relámpagos
con la cuchilla entre los dientes.

Voy a estallar adentro del sepulcro suicidándome en cadáver.

Como si rugiera desde todo lo hondo de los departamentos y las provincias
de pétalos y jergones de aldea o mediaguas
descomunales, o por debajo de los barrios sobados como látigos de triste
jinete, embadurnados con estiércol de ánimas
o siúticos ajusticiados, con sinuosidades y bellaquerías de una gran mala
persona,
acomodado a las penumbras y las culebras, clínico, el complejo de inferioridad
y resentimiento
se asoma roncando en las amistosidades añejas,
con el gran puñal-amistad chorreado de vino, chorreado de adulaciones, cho-
rreado de sebo comunal,
y al agarrar la misericordia, y azotar con afecto al fantasma,
sonríe el diente de oro de la envidia, la joroba social, lo inhibidísimo, la
discordia total, subterránea, en la problemática del fracasado,
escupiéndonos los zapatos abandonados en las heroicas bravuras antiguas.

Todos los ofidios hacen los estilos disminuidos de las alcobas e invaden la
basura de la literatura,
de la literatura universal, que es la pequeña cabeza tremenda del jibaro
de la época, agarrándose del cogote del mundo, agarrándose de
los calzoncillos de "Dios", agarrándose de los estropajos del sol,
de la literatura del éxito,
el aguardiente pálido y pornográfico de los académicos o formalistas u ona-
nistas o figuristas o asesinos descabezados o pervertidos

sexuales con el vientre rugiente como una catedral o una diagonal entre
Sodoma y Gomorra, la cama de baba con las orejas negras como
un huevo de difunto
o un veneno letal administrado por carajos eclesiásticos,
y el Arte Grande y Popular les araña la guata de murciélagos del infierno
con fierros ardiendo, el abdomen
de rana o de ramera para el día domingo.

Aquestas personas horrendas, revolcándose
en el pantano de los desclasados del idealismo o masturbándose o suicidándose
a patadas ellos contra ellos,
mientras el denominador común humano total se muere de hambre
en las cavernas de la civilización, y "la cultura capitalista" desgarr a dente-
lladas la desgracia de la infancia proletaria con el Imperialismo,
o la tuberculosis
es una gran señora que se divierte fotografiando los moribundos
estimulándose las hormonas con la caridad sádico-metafísica, especie de
brebaje de degolladores,
y la clase rectora, tan idiota como habilísima e imbécil,
nos alarga un litro de vino envenenado o un gobierno de carabinas...

Medio a medio de este billete con heliotropos agusanados
o demagogos de material plástico o borrachos antidionysíacos, simoníacos
o demoníacos,
nuestra heroicidad vieja de labriegos
se afirma en los estribos huracanados y afila la cuchilla, pero la pelea con la
propia, terrible sombra
enfrentándose al cosmopolita
desde todo lo hondo de la nacionalidad a la universalidad lanzada
y estrujándose el corazón, se extrae el lenguaje.

La soledad heroica nos confronta con la ametralladora y el ajeno del
inadaptado
y nos enfrenta a la bohemia del piojo sublime del romanticismo,
entonces, o ejecutamos como ejecutamos, la faena de la creación oscura y
definitiva en el anonimato universal arrinconándonos, o caemos
de rodillas en el éxito por el éxito, aclamados y coronados
por pícaros y escandalosos, vivientes y sirvientes del banquete civil, acomoda-
dos a la naipada, comedores en panteones de panoplias y botellas
metafísicas,

porque el hombre ama la belleza y la mujer retratándolas
y retratándose como proceso y como complejo, en ese vórtice que sublima
lo cotidiano en lo infinito.

Completamente ahitos como queridos de antiguos monarcas más o menos
pelados, desintegrados y rabones,
caminan por encima de la realidad gesticulando,
creyendo que el sueño es el hecho, que disminuyendo se logran síntesis
y categorías, que la manea es la grandeza
y aplaudidos por enemigos nos insultan,
como cadáveres de certámenes enloquecidos que se pusiesen de pie de
repente, rajando los pesados gangochos en los que estaban forrados
y amortajados a la manera de antaño,
llorando y pataleando, gritando y pataleando en mares de sangre inexorable
dopados con salarios robados en expoliaciones milenarias y cavernarias eje-
cuciones de cómplices.

El aullido general de la miseria imperialista da la tónica a mi rebelión,
escribo con cuchillo
y pólvora, a la sombra de las pataguas de Curicó, anchas como vacas
los padecimientos de mi corazón y del corazón de mi pueblo, adentro del
pueblo y los pueblos del mundo y el relincho de los caballos
desensillados o las bestias chúcaras.

Y como yo ando buscando los pasos perdidos de lo que no existió nunca,
o el origen del hombre en el vocabulario, la raíz animal de la Belleza con
estupor y errores labrada, y la tónica de las altas y anchas mu-
chedumbres en las altas y anchas multitudes del país secular de
Chile,
el ser heroico está rugiendo en nuestra épica nueva, condicionado por el
espanto nacional del contenido;
como seguramente lloro durmiendo a lágrimas piramidales que estallan, las
escrituras que son sueño sujeto a una cadena inexorable e imagen
que nadie deshace ni comprendió jamás, arrastran las napas de
sangre
que corren por debajo de la Humanidad y al autodegollarse en el lenguaje,
organizándolo, el lenguaje mío
me supera, y mi cabeza es un montón de escombros que se incendian, una
guitarra muerta, una gran casa de dolor abandonada;
el Junio o Julio helados, me abrigan de sollozos

y aunque estos viejos huesos de acero vegetal se oponen a la invasión de
la nada que avanza con su matraca espeluznante,
comprendo que transformo fuerzas por aniquilamiento y devengo otro suceso
en la naturaleza.

¡Oh! antiguo esplendor perdido entre monedas y maletas de cementerio,
¡oh! pathos clásico,
¡oh! atrabiliario corazón enamorado de una gran bandera despedazada,
la desgracia total, definitiva está acechándonos con su bandeja de cabezas
degolladas en el desfiladero.

Retornan los vacunos del crepúsculo tranco a tranco,
a los establos lugareños, con heno tremendo, porque los asesinarán a la
mañana,
y rumiando se creen felices al aguardar la caricia de la cuchilla,
el hombre, como el toro o como el lobo se derrumba en su lecho que es
acaso su sepulcro,
contento como jumento de panadería.

Si todos los muertos se alzasen de adentro de todos los viejos, entre matanzas
y campanas,
se embanderaría de luz negra la tierra, e iría
como un ataúd cruzando lo oceánico con las alas quebradas de las arboladuras.

A la agonía de la burguesía, le corresponde esta gran protesta social de la
poesía revolucionaria, y los ímpetus dionysíacos tronchados o como
bramando
por la victoria universal del comunismo,
o relampagueando a la manera de una gran espada o cantando como el
pan en la casa modesta
emergen de la sociedad en desintegración que reflejo
en acusaciones públicas, levantadas como barricadas en las encrucijadas
del arte;
mis poemas son banderas y ametralladoras,
salen del hambre nacional hacia la entraña de la explotación humana,
y como rebota en Latinoamérica
el impacto mundial de la infinita energía socialista que asoma en las auroras
del proletariado rugiente,
saludo desde adentro del anocheciendo la calandria madrugadora;

y aunque me atore de adioses que son espigas y vendimias de otoños muy
maduros,
el levantamiento general de las colonias, los azotados y los fusilados de la
tierra encima del ocaso de los explotadores y la caída de la
esclavitud contra los propios escombros de sus verdugos,
con una gran euforia auroral satura mis padecimientos
y resuena la trompeta de la victoria en los quillayes y los maitenes del sol
licantenino.

Parezco un general caído en las trincheras,
ajusticiado y sin embargo acometedor en grande coraje: capaz de matar
por la libertad o la justicia,
dolorido y convencido de todo lo heroico del "Arte Grande",
bañando de recuerdos tu sepulcro que se parece a una inmensa religión atea,
a plena conciencia de la inutilidad de todos los lamentos,
porque ya queda apenas de la divina, peregrina, grecolatina flor, la voz de las
generaciones.

Indiscutiblemente soy pueblo ardiendo,
entraña de roto y de huaso, y la masa humana me duele, me arde, me ruge
en la médula envejecida como montura de inquilino del Mataquito,
por eso comprendo al proletariado no como pingajo de oportunidades bárbaras,
sino como hijo y padre de esa gran fuerza concreta de todos los pueblos,
que empuja la historia con sudor heroico y terrible
sacando del arcano universal la felicidad del hombre, sacando del andrajo es-
pigas y panales.

Los demonios enfurecidos con un pedazo de escopeta en el hocico, o el antiguo
y eximio
caimán de terror desensillándose, revolvándose, refocilándose,
entre escobas de fuego y muelas de piedra y auroras de hierro gasificado
piden que me fusilen,
y mis plagiarios que me ahorquen con un sapo de santo en el cogote.

Luchando con endriagos y profetas
emboscados en grandes verdades, con mártires de títeres
hechos con zapatos viejos
en material peligrosísimo y de pólvora, usados por debajo del cinturón re-
glamentario,

enfermó mi estupor cordillerano de civilización urbana;
en tristes, terribles sucesos, no siembro trigo como los abuelos, siembro gritos
de rebelión en los pueblos hambrientos,
la hospitalidad provincial empina la calabaza y nos emborrachamos
como dioses que devienen pobres, se convierten en atarcederes públicos y echan
la pena afuera
dramáticamente, caballos de antaño,
y emerge el jinete de la épica social americana todo creando solo;
recuerdo al amigo Rabelais y al compadre
Miguel de Cervantes, tomando mi cacho labrado en los mesones de las tabernas
antiquísimas, las bodegas y las chinganas flor de invierno, y agarro
de la solapa de la chaqueta a la retórico-poética del siútico edificado con es-
cupitajos de cadáver,
comparto con proletarios, con marineros, con empleados, con campesinos de
"3ª clase", mi causeo y mi botella,
bebo con arrieros y desprecio a la intelectualidad podrida.

A la aldea departamental llegaron los desaforados, y un sigilo de alpargatas
se agarró del caserón de los tatarabuelos,
entre las monturas y las coyundas sacratísimas del polvoso antepasado remoto,
la culebra en muletas del clandestinaje habita,
el tinterillo y el ascino legal hacen sonar sus bastones de ladrones y de cama-
leones de la gran chancleta
y la mala persona arrojó a las mandíbulas del can aventurero,
la heredad desgarradoramente familiar de las montañas de Licantén y las vegas
nativas de los costinos en donde impera la lenteja real de Jacob y
Esaú y la pregunta blanca de la gaviota.

Como billete sucio en los bolsillos del pantalón del alma
el tiempo inútil va dejando su borra de toneles desocupados y echando
claveles de acaeceres marchitos a la laguna de la amargura;
buscamos lo rancio en las despensas y en la tristeza: el queso viviendo muerto
en los múltiples de las oxidaciones que estallan como palancas, las
canciones
arcaicas y la penicilina de los hongos remotos, con sombrero de catástrofes.

El nombre rugiente va botado, encadenado, ardiendo
como revólver rojo a la cintura del olvido, como ramo de llanto, como hueso

de viento, como saco de cantos o constigna ineluctable,
como biblioteca sin bibliotecario, como gran botella
oceánica, como bandera de quijadas de oro, y dicen las gentes por debajo
del poncho:
"renovó con "Los Gemidos" la literatura castellana",
como quien hablara de un muerto ilustre a la orilla del mar desaparecido.

Contra la garra bárbara de Yanquilandia,
que origina la poesía del colonialismo en los esclavos y los cipayos ensangren-
tados, contra la guerra, contra la bestia imperial, yo levanto
el realismo popular constructivo, la epopeya embanderada de dolor insular,
heroica y remota en las generaciones,
sirvo al pueblo en poemas y si mis cantos son amargos y acumulados de
horrores ácidos y trágicos o atrabiliarios como océanos en libertad,
yo doy la forma épica al pantano de sangre caliente clamando por debajo
en los temarios americanos;
la caída fatal de los imperios económicos refleja en mí su panfleto de cuatrero
vil, yo lo escupo transformándolo en imprecación y en acusación
poética, que emplaza las masas en la batalla por la liberación hu-
mana, y tallando
el escarnio bestial del imperialismo
lo arrojo a la cara de la canalla explotadora, a la cara de la oligarquía mundial,
a la cara de la aristocracia feudal de la República
y de los poetas encadenados con hocico de rufianes intelectuales;
gente de fuerte envergadura, opongo la bayoneta de la insurgencia colonial
a la retórica capitalista,
el canto del macho anciano, popular y autocrítico
tanto al masturbador artepurista, como al embaucador populachista, que entre-
tiene las muchedumbres y frena las masas obreras,
y al anunciar la sociedad nueva, al poema enrojecido de dolor nacional, le
emergen
por adentro de las rojas pólvoras, grandes guitarras dulces, y la sandía colosal
de la alegría.

No ingresaremos al huracán de silencio con huesos
de las jubilaciones públicas, a conquistar criadas y a calumniar los polvorosos
ámbitos

como la castaña muy madura haciendo retumbar los extramuros, haciendo rodar, bramando, llorar la tierra inmensa de las sepulturas.

Si no fui más que un gran poeta con los brazos quebrados
y el acordeón del Emperador de los aventureros o el espanto del mar me
 llamaban al alma,
soy un guerrero del estilo como destino, apenas,
un soñador acongojado de haber soñado y estar soñando, un "expósito" y un
 "apátrida"
de mi época, y el arrepentimiento
de lo que no hicimos, corazón, nos taladra las entrañas
como polilla del espíritu, aserruchándonos.

A la luz secular de una niña muerta, madre de hombres y mujeres, voy andan-
do y agonizando.

El cadáver del sol y mi cadáver
con la materia horriblemente eterna, me azotan la cara desde todo lo hondo
 de los siglos, y escucho
aquí, llorando, así, la espantosa clarinada migratoria.

No fui dueño de fundo, ni marino, ni atorrante, ni contrabandista o arriero
 cordillerano,
mi voluntad no tuvo caballos ni mujeres en la edad madura
y a mi amor lo arrasó la muerte azotándolo con su aldabón tronchado, despe-
dazado e inútil y su huracán oliendo a manzana asesinada.

Contemplándome o estrellándome
en todos los espejos rotos de la nada, polvoso
y ultrarremoto desde el origen.

El callejón de los ancianos muere donde mueren las últimas águilas...

Soy el abuelo y tú una inmensa sombra,
el gran lenguaje de imágenes inexorables, nacional-internacional, inaudito
y extraído del subterráneo universal, engendra
la calumnia, la difamación, la mentira, rodeándome de chacales ensangrentados
 que me golpean la espalda,
y cuando yo hablo ofendo el rencor anormal del pequeño;
he llegado a esa altura irreparable en la que todos estamos solos, Luisa Ana-
balón,

y como yo emerjo acumulando toda la soledad que me dejaste
derrumbándote, destrozándote, desgarrándote contra la nada en un clamor
de horror, me rodea la soledad definitiva;
sé perfectamente que la opinión pública de Chile y todo lo humano están
conmigo,
que el pulso del mundo es mi pulso y por adentro de mi condición fatal galopa
el potro del siglo la carretera de la existencia,
que la desgarrada telaraña literaria
está levantando un monumento a nuestra antigua heroicidad,
pero no puedo superar lo insuperable.

Como los troncos añosos de la vieja alameda muerta, lleno de nidos y panales,
voy amontonando inviernos sobre inviernos
en las palabras ya cansadas con el peso tremendo de la eternidad...

Tranqueo los pueblos rugiendo libros, sudando libros, mordiendo libros y
terrores
contra un régimen que asesina niños, mujeres, viejos con macabro trabajo
esclavo, arrinconando en su ataúd
a la pequeña madre obrera en la flor de su ternura,
ando y hablo entre mártires tristes y héroes de la espoliación, sacando mi
clarinada a la vanguardia de las épocas, oscura e imprecatoria
de adentro del espanto local que levanta su muralla de puñales y de fusiles.

El Díaz y el Loyola de los arcaicos genes iberovascos están muriendo en mí
como murieron cuando agonizaba tu perfil colosal, marino, greco-
latino, vikingo,
las antiguas diosas mediterráneas de los Anabalones del Egeo y las Walkirias
de Winétt - hidromiel,
¡adiós!... cae la noche herida en todo lo eterno por los balazos del sol deca-
pitado que se derrumba gritando cielo abajo... . . .

OBRAS DEL AUTOR

POESIA

Versos de infancia, 1916.
El folletín del diablo, 1916-1922.
Los gemidos, 1922.
Cosmogonía, 1922-1927.
U, 1927.
Satanás, 1927.
Ecuación, 1929.
Suramérica, 1927.
Escritura de Raimundo Contreras, 1929.
El canto de hoy, 1930-1932.
Canto de trinchera, 1933.
Jesucristo, 1930-1933.
Los 13, 1934-1935.
Oda a la memoria de Gorki, 1936.
Moisés, 1937.
Gran temperatura, 1937.
Imprecación a la bestia fascista, 1937.
Cinco cantos rojos, 1938.
Morfología del espanto, 1942.
Canto al Ejército Rojo, 1944.
Los poemas continentales, 1944-1945.
Carta Magna del Continente, 1949.

Fusiles de sangre, 1950.
Funeral por los héroes y los mártires de Corea, 1950.
Fuego Negro, 1951-1953.
Arte Grande o Ejercicio del Realismo, 1953.
Antología, 1916-1953.
Idioma del mundo, 1958.
Genio del pueblo, 1960.
Acero de invierno, 1961.
Canto de fuego a China Popular, 1963.
China Roja, 1964.
Estilo de masas, 1965.
Infinito contra infinito (en preparación).

ENSAYOS

Heroísmo sin alegría, 1926.
Interpretación dialéctica de América: los cinco estilos del Pacífico — Chile, Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia, 1948.
Arenga sobre el Arte, 1949.
Neruda y yo, 1956.
Mundo a mundo, París, Moscú, Pekín (en preparación).